



Pero en mi fortaleza, Señor, Tú has abierto una grieta.
 Tú me has forzado a entreabrir mi puerta
 ... y, como una ráfaga de lluvia en pleno rostro, el grito de los hombres me ha despertado; como una borrasca, una amistad me ha estremecido, como se cuela un rayo de sol, tu Gracia me ha inquietado
 ... y yo, incauto de mí, he dejado entreabierta mi puerta.
 ¡Y ahora, Señor, estoy perdido!
 Fuera, los hombres me espiaban.
 Yo no me imaginaba que estuvieran tan cerca;
 aquí en mi casa, en mi calle, en mi oficina; mi vecino, mi colega, mi amigo.
 Apenas entreabrí los vi a todos con la mano extendida, la mirada extendida, el alma extendida, pidiendo como los pobres a las puertas de las iglesias.
 Y los primeros entraron en mi casa.
 Sí, había un poco de sitio en mi corazón.
 Yo los acogí: los curaría, los acariciaría, los festejaría: ¡ah, mis queridas ovejitas, mi pequeño rebaño!
 Con ello Tú te quedarías contento de mí, orgulloso, servido, honrado, digna, exquisitamente.
 Sí, todo esto era perfectamente razonable.
 Pero a los otros, Señor... a los otros yo no los había visto: los primeros los tapaban.
 Y estos eran más numerosos, más miserables: me invadieron sin llamar a la puerta siquiera.
 Y hubo que hacerles sitio, apretarse.
 Pero luego han seguido viniendo de todas partes, en olas y más olas, empujándose los unos a los otros, atropellándose.
 Han venido de todos los rincones de mi ciudad, de la nación, del mundo; innumerables, inagotables.
 Y estos ya no han venido de uno en uno, sino en grupos, en cadena, enganchados los unos a los otros, mezclados como bloques de humanidad.
 Y ya no vienen a cuerpo sino cargados de inmensos equipajes: maletas de injusticia, paquetes de rencor y de odio, baúles de sufrimiento y de pecado...
 Se traen con ellos el Mundo, con todo su material mohoso y retorcido, o demasiado nuevo, inadaptado, inútil.
 ¡Oh, Señor, qué lata! ¡Qué embarazosos son, qué

absorbentes! ¡Además tienen hambre: me devoran!
 Y ya no sé qué hacer: siguen viniendo, siguen empujando la puerta que se abre más y más... ¡Mira, Señor, ahora: mi puerta abierta ya de par en par! ¡No puedo más! ¡Es demasiado! ¡Esto ya no es vida! ¿Y mi situación?
 ¿y mi familia?
 ¿y mi tranquilidad?
 ¿y mi libertad?
 ¿y yo? Ah, Señor, ya lo he perdido todo, ya ni me pertenezco. En mi alma ya no hay ni un rincón para mí.

*No temas, dice Dios, hoy lo has ganado todo
 pues mientras estos hombres entraban en tu casa
 Yo, tu Padre
 y tu Dios,
 me he deslizado dentro de ti entre ellos.
 (M. Quoist, Oraciones para rezar por la calle)*

Contemplación

La contemplación es el cambio que se produce en nosotros después de haber pasado nuestra vida por el tamiz de la Palabra de Dios. Se trata ahora de mirar la vida de otra manera, como Dios la mira. Por eso es siempre un camino de conversión y de compromiso. Para ello sugerimos tres pistas:

- Quédate con un versículo para que te vaya acompañando a lo largo de la semana.
- Cuando alguien te pida ayuda, recuerda la experiencia de Pablo y toma conciencia de que eres un regalo para esa persona.
- Si la *lectio divina* se hace en grupo se puede llegar a una resolución o compromiso comunitarios.



LECTIO DIVINA

Act 20, 17-36

Introducción

En este texto del libro de los *Hechos de los Apóstoles* encontramos las líneas fundamentales de un género muy conocido en el judaísmo, el de las últimas recomendaciones de un patriarca a sus descendientes o la de un jefe religioso a sus discípulos. Los discursos de despedida dirigidos por Jesús a los suyos antes de su muerte se encuentran también en la misma línea.

Aquí se trata de una especie de «testamento pastoral», en el que reconocemos los rasgos característicos de la personalidad de Pablo, así como las preocupaciones que aparecerán luego en sus cartas pastorales. Son las preocupaciones que reflejan una situación del cristianismo en el que el ministerio se va consolidando. De ahí el interés de Pablo por dejar las cosas claras en el momento de su partida.

En cuanto a su ubicación, parece que Lucas tiene un interés especial en ofrecernos un resumen de la vida de Pablo antes de pasar a contar su viaje a Jerusalén y más tarde a Roma. Lucas hace una especie de balance presentándonos el perfil de Pablo y también algunos elementos característicos de su

actividad misionera. En cierto modo el autor pretende subrayar la ejemplaridad de Pablo, que fue el misionero ideal y un dirigente extraordinario de la comunidad cristiana.

Haciendo la Lectio Divina con este texto pretendemos fijarnos primero en Pablo como modelo a seguir para aquellos que aspiran al sacerdocio. También recibimos las recomendaciones que dio Pablo a los responsables de Éfeso como si fueran ahora para nosotros. En definitiva, se trata de descubrir que Pablo, con su ministerio misionero, ha sido un regalo de Dios para la comunidad de Éfeso; y que los responsables (los ancianos) de la comunidad están llamados a serlo también.

Lectura

Después de haber leído o proclamado (si se hace en grupo) el texto, proponemos una guía sencilla para releerlo en profundidad y así captar algunos detalles que nos puedan ayudar luego en la meditación y la oración.

- Nos centramos primero en cómo Pablo habla de su propio ministerio en Éfeso, cosa que hace al principio y al final del texto. Fijémonos primero en los versículos 18-21, en los que Pablo recuerda su labor en esta comunidad. ¿Cómo ha realizado su ministerio? ¿Cuál era su meta, su objetivo?
- Pablo se presenta como un servidor del Señor que lo ha dado todo por la comunidad en medio de muchas pruebas. La mención que hace de las lágrimas (que reviene también en el versículo 31) pone de manifiesto que Pablo se implica emocionalmente y totalmente en el crecimiento de la comunidad. Su meta no ha sido otra que todos (judíos y griegos) se conviertan a Dios y creyeran en Jesús, es decir, la conversión y el seguimiento de Jesús. Si continuamos con los versículos finales (33-35) podemos leer cómo Pablo nos habla del trabajo que hacía con sus propias manos para no estar dependiendo de la comunidad. El misionero tenía el derecho a ser mantenido por la comunidad que lo recibía pero desde siempre Pablo no se acogió a ello como nos explica en *1 Cor 9, 1-18*. ¿Cómo justifica aquí esta manera de actuar? ¿A qué dicho de Jesús hace referencia?
- En los versículos 22-24, Pablo se fija en su «ahora». Sabe que le esperan prisiones y tribulaciones. Pero se siente guiado por el Espíritu

Santo, que aparece citado dos veces seguidas. Sus sufrimientos le importan poco. ¿Cómo entiende Pablo el ministerio que ha recibido del Señor?

- Después, en los versículos 25-32, Pablo mira hacia el futuro de la comunidad, cuando él ya no esté presente. Él ya no se siente responsable de la libertad de cada uno de los cristianos porque ha hecho todo lo posible y lo ha dado todo por ellos. Entonces Pablo se dirige más directamente a los responsables de Éfeso haciéndoles algunas exhortaciones. ¿Cuál es el consejo que les da con respecto a ellos mismos?
- Lo primero que les pide Pablo es que se cuiden (v.28) porque han sido constituidos pastores por el Espíritu Santo (que vuelve a aparecer citado por la tercera vez). Aquel que se cuida y permanece fiel no contribuirá a difundir «doctrinas perniciosas» (v.30). En definitiva, los responsables tienen que cuidarse en razón de su propia responsabilidad hacia la Iglesia de Dios adquirida «con la sangre de su propio hijo» (v.28). Lo cual muestra que la Iglesia es propiedad de Dios y no de los responsables. ¿Cuáles son los peligros que Pablo prevé para la Iglesia? ¿Qué actitud debe tener un pastor ante ellos?
- Pablo hace referencia a falsas doctrinas, a las herejías agnósticas que ya comenzaban a circular por entonces. Son peligros que van a originarse dentro de la comunidad. Pero fijándonos en la propia experiencia de Pablo narrada anteriormente (vv.23-24) también se anuncian a los cristianos prisiones y tribulaciones que vendrán de fuera. Ante todas estas dificultades solo cabe estar alerta velando y teniendo presentes el ejemplo y la entrega del propio Pablo.

Meditación

Una vez que hemos descubierto lo que el texto dice en sí mismo dejémosnos interpelar por el mismo. ¿Qué me dice a mí el texto, la Palabra de Dios, en la situación concreta en la que me encuentro? Estas preguntas pueden servir como orientación.

- Pablo se presenta como un servidor de Dios. ¿Entiendes tu vida como un servicio a Dios? ¿En qué se manifiesta?
- ¿En qué sentido puedes hacer tuyo el objetivo de Pablo: que la gente se convierta y crea en Jesús? ¿Cómo lo puedes concretar?

- El Espíritu Santo aparece guiando a Pablo en todo momento. ¿En qué circunstancias te sientes tú también guiado por el Espíritu en tu vida?
- Pablo solo buscaba «dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios». ¿Cómo puedes hacerlo tú?
- Pablo pide a los responsables de Éfeso que se cuiden; ¿qué puedes hacer tú para cuidarte y estar a la altura de tu responsabilidad en la Iglesia?
- ¿Cuáles son hoy los peligros internos y externos que acechan nuestras comunidades cristinas? ¿Qué hacer para velar y estar alertas?
- El dicho de Jesús «hay más felicidad en dar que en recibir» no se encuentra en los Evangelios, aunque nadie duda de su autenticidad. Pablo lo ha vivido en primera persona porque se ha dado a sí mismo. Podemos decir que, dándose, Pablo se ha hecho regalo para los cristianos de Éfeso. ¿Cómo puedes ser tú también regalo para los demás?

Oración

Después de haber escuchado y meditado la Palabra de Dios, llega el momento de responderle, de tomar la palabra en este diálogo amoroso. ¿Qué tienes que decirle a Dios?

Si la *lectio divina* se hace en grupo, se invita a hacer en voz alta la oración. Se puede terminar rezando todos juntos la oración de la campaña del Día del Seminario o la siguiente propuesta de M. Quoist.

Introducción: ¿por qué me has dicho que amase?

Señor, ¿por qué me has dicho que amase a todos mis hermanos, los hombres?

Acabo de intentarlo y heme aquí que vuelvo a Ti aterrizado.

Yo estaba, Señor, tan tranquilo en mi casa,

me había organizado la vida, estaba instalado,

mi interior estaba puesto a punto y me encontraba a gusto.

Solo, yo estaba completamente de acuerdo conmigo mismo.

Al abrigo del viento, de la lluvia, del fango.

Encerrado en mi torre, limpio y puro por siempre yo habría estado.